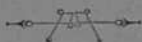




## ADMINISTRACION Y SERVICIOS MUNICIPALES, (1)



### ANTECEDENTES HISTÓRICOS.



réstase la diplomática ovetense á grandes consideraciones para trazar animado cuadro con la vida política y administrativa de nuestro concejo en la edad media, que fué aquí, como en otras regiones, fuerte y magestuosa expresión de libertades populares, estorbando la implantación del sistema feudal. Como el esfuerzo de la reconquista fué desde Covadonga rápido y extraordinario con Pelayo, Alfonso I, Alfonso el Casto, Ordoño I y Alfonso el Magno, y en poco más de dos centurias se asentaba la corte en tierra de Leon; como nuestra comarca, montuosa y bien poblada, tuvo fácil defensa y evidente seguridad, las ventajas forales y concejiles, que dieron los monarcas para favorecer y asentar el territorio recuperado, no fueron aquí ni tan necesarias ni tan prontas como en la tierra llana, abierta, amenazada y fronteriza

(1) Publicamos el comienzo, del capítulo IX de EL LIBRO DE OVIEDO (*Guía de la Ciudad y Concejo*) que escribió por encargo de la Corporación municipal ovetense, nuestro compañero el Sr. Canella. Es una interesante obra de 450 páginas. (*N. de la R.*)

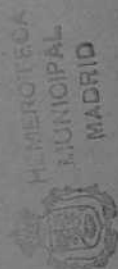
de Castilla. Por eso el Municipio reaparece entre nosotros después del leones y castellano, ya extendido el molde que Alfonso V dió á Leon. De un modo terminante puede decirse que entonces resalta verdaderamente el Concejo, como uno de los elementos políticos más poderosos de la nación, y en condiciones más determinadas reinando Alfonso VI, que reconoce en el Municipio autonomía y derechos para administrarse y gobernarse; independencia del clero y de la nobleza; autoridad jurídica propia en sus magistrados municipales; elección popular reconocida y organizada ampliamente como origen legítimo de jurisdicción; la cualidad de vecindad superior á toda distinción; igualdad entre todos los vecinos; el domicilio inviolable; derecho reconocido á ser juzgado por fuero y jueces propios; seguridad respetada en personas y propiedades; libre facultad para elevar los aforados á los anuales cargos concejiles; y responsabilidad efectiva de los magistrados y recurso de alzada ante el rey..... Tal era aquel municipio, expresión de democracia y libertad, encarnada en los nacientes pueblos. «Varias clases de gobiernos había en Castilla, dice el sabio marqués de Pidal en su prólogo al *Fuero viejo*; una era la de las comandidades ó concejos, especie de repúblicas que se gobernaron bastante tiempo por sí mismas, que levantaban tropas é imponían pechos, y administraban justicia; otra era la de behetrías, especie también de república ó señorío especial; otra clase, la constituían los señoríos patrimoniales, especie de monarquías hereditarias.....; y al frente de estos estados y señoríos subalternos, estaba el monarca, jefe comun, lazo federal, centro de unidad.» Así fueron en la edad media los concejos *abiertos*, ó de todos los vecinos, y los *cerrados*, compuestos por vecinos con cargos concejiles, que fueron variando sucesivamente: el Juez; los Alcaldes foreros—formando tribunales colegiados;—los Jurados de las *collaciones* ó parroquias—fiscales del Ayuntamiento que formaban el padron;—los *Sesmeros* ó representantes de los campos; el Merino—como delegado del rey;—el Escribano del concejo ó secretario para fijar los acuerdos, guardar el libro del Fuero y las cartas reales; los Regidores ó jurados entre los que había Mayordomos de propios, Tesoreros municipales, Recaudadores de *caloñas* ó multas y de rentas; el Fiel almotacen; el Sayon ó pregonero; y, sobre todas, el honorífico Alférez Mayor, que llevaba el estandarte del concejo (1).

(1) Gutierrez Jimenez.—Madrid 1881.

Debilitado el poder agareno y más fuerte la monarquía, como esta necesitaba ya menos del concejo, los reyes le miraron como limitación de su cetro, marcándose entonces cierto antagonismo entre el monarca y el municipio, cuya vida estaba amenazada también por la uniformidad de legislación, à la que el Rey Sabio dedicó los brillantes destellos de su genio. Para defenderse contra el poder real y contra los señores, los municipios forman *Hermandades* ó concejos superiores (1), cuando poco despues, por las alternativas, altas y bajas, que presentan en la historia las instituciones, se ven favorecidos y ensalzados por Alfonso XI el Justiciero. Pero también aquel apogeo fugaz fué comienzo de su decadencia; porque los nobles aspiran y se apoderan simuladamente de los cargos concejiles, fórmanse en los pueblos bandos y divisiones y, hábil el rey, con pretexto de paz, nombra los cargos superiores en concejos realengos, sembrando la semilla, que arraigó paulatina pero vigorosamente, de los oficios perpetuos. Así fué desapareciendo la igualdad política de los vecinos y las libertades locales... Los reyes ensancharon la obra de Alfonso XI; desapareció la autonomía con el nombramiento de los Corregidores, representantes del poder central, aunque tienen instrucciones prudentísimas con los Reyes Católicos. Cuando en las guerras de las Comunidades se pensó en resucitar el Municipio libre, la suerte fué contraria à la noble idea, que no halló eco en el apartado territorio asturiano; y lo que despues pasó, cuando la magnífica herencia de los Reyes Católicos se gastó y derrochó pensando solo en el engrandecimiento de la persona del rey, es asunto bien tratado y conocido. En 1557 comienza la venta de regimientos, alguacilazgos y juradorias, en tan excesivo número que asolan los concejos, y así los reyes austriacos, asustados de su propia obra, tienden à poner límites à semejantes enagenaciones. A Felipe V, que inicia la casa de Borbon, debe bien poco la independencia municipal, porque ensanchó el poder de los Corregidores y trajo los Intendentes con facultades absorbedoras; pero Carlos III, con sus sabios ministros Aranda, Floridablanca y Campomanes, trae Concejales populares,

(1) Véanse diferentes Hermandades ovetenses en las pags. 34, 39, 42, 43, 44 y 49.

La Santa Hermandad, institucion posterior y distinta, tuvo Alcaldes propios, y en el «Libro de Fueros y Privilegios de la ciudad de Oviedo» formado en el siglo XVI, constan diferentes elecciones.



diputados del Comun y Síndicos ó personeros del pueblo, enfrente de los cargos hereditarios. Con las bochornosas cesiones de Carlos IV y Fernando VII á Bonaparte, comienza la guerra de la Independencia y la Revolucion española; en 1812 aparece el Municipio Constitucional, y en reacciones y reformas, en tejer y destejer se pasa el siglo; pero el Municipio se emancipa, aunque la centralizacion administrativa le rinde, haciéndole auxiliar y cargándole el peso de gestion complicada.

MUNICIPIO OVETENSE.—Queda escrito el nacimiento de nuestra Ciudad al lado de las iglesias de San Vicente y del Salvador; con frecuencia favoreciendo á ésta los reyes consignaron franquicias y privilegios para los moradores de Oviedo, y si estos documentos no pueden llamarse propiamente fueros, el de Ordoño I en 857 seméjase bien á *carta-puebla*. De todas maneras, la Ciudad con existencia municipal no resalta hasta el siglo XI, cuando, Alfonso VI da autonomía y derechos, peculiares al Municipio.

FUERO DE OVIEDO.—Alfonso VI fué quien dió el primer fuero á nuestro pueblo en 1073, ó en años posteriores muy próximos; pero no se conoce el texto de este primer diploma, y hay que llegar á la siguiente centuria para ver el Fuero, confirmacion ó ampliacion del anterior, dado por Alfonso VII. De propósito omitimos en la pag. 35 este suceso importante para tratarle aqui con más detenimiento, no interrumpiendo aquella relacion de sucesos con las consideraciones que se deben al controvertido Fuero. No existe en su contexto propio sinó inserto en una confirmacion de Fernando IV en Valladolid á 8 de Agosto de 1295 (1) donde, como dice el sabio académico Sr. Fernandez Guerra, se ve la expresion exacta de los usos y costumbres de la tierra y de la legislacion vigente á la sazón. He aquí en extracto sus principales disposiciones, sin que renunciemos á estudio más detenido en lo porvenir:—«El poblador para tomar solar dé un sueldo al Rey y dos dineros para el alguacil, y cada año un sueldo por censo de la casa, y un sueldo tambien por venta y compra de las casas.—Un sueldo por derechos de fornage.—Una cláusula con libertad de comercio.—Nadie entre en casa del ovetense sin su consentimiento.—Exencion de ir á la

(1) Escrita en un pergamino de 0'836 metros de largo por 0'627 de ancho, á tres columnas; de la cual y de su version al lenguaje moderno, autorizó un traslado en Madrid en 13 de Junio de 1597 el notario apostólico y escribano real Tomás Gracian Dantisco.

guerra no estando el Rey cercado ó en batalla campal, pudiendo concurrir tres días despues del llamamiento.—Sea el Merino vecino de Oviedo.—Merinos y alguaciles no tomen prendas si se da ó promete fiador, y si persisten aquellos defiéndanse los vecinos como pudiesen.—Tengan el mismo fuero el infanzon ó potentado como el mayor ó menor vecino.—Merino ni alguacil no intervengan en riña sin ser llamados ó se saque hierro afilado.—Por cada herida de dientes abajo páguese siete sueldos y medio, y de dientes arriba quince sueldos por cada herida si brotase sangre.—Si un vecino injuriase á otro llamándole *sodomita*, siervo, cornudo ó traidor, se faculta al injuriado para tirar al injuriador lo que en el acto tuviese en la mano, sin bajarse á coger alguna cosa.—El Merino ampare al forastero en quejas y querella contra el vecino.—En la villa del Rey no puede haber vasallos sino del Rey.—Al huesped se le devuelva al salir de la casa lo que depositó al entrar en ella.—Todo hombre que quiera vender pan ó sidra, véndalo como y cuando quisiere.—Sea firme toda manda hecha á la hora de la muerte, y lo mismo si la otorgase en salud y despues no la deshiciese.—Todo hombre puede dar sus bienes, segun le pluguiere, si no tuviese hijo, y si lo tuviese déle algo que no le desherede del todo; porque si tal hace pierde la herencia el extraño á quien la dió.—El marido daba á la mujer arras y fiador, y desde que nacia hijo las arras eran muertas.—En robos se admitía el juicio de Dios para probar la inocencia ó la criminalidad del acusado, pudiendo lidiar el marido por la mujer, el hijo por el padre, nombrando campeon los imposibilitados: el vencido restituia lo robado con una novena parte más, el lucto y conducto y cincuenta sueldos.—Se admitía como prueba en lo civil y criminal la *caldaria*, con pormenores crueles.—Al que venda sidra y tuviese medida falsa contrástela el Merino, rómpala despues y cobre cinco sueldos.—El que arrojase basura en la calle, quitela de allí y pague cinco sueldos al Merino.—No pague el vecino tributo de yantar sinó al Rey.—El ganado de los vecinos de Oviedo podía pacer por todo lugar. Y con otros derechos y prerogativas se declaraba que los pobladores de Oviedo no dieran portazgo ni derecho de víveres desde el mar hasta Leon.—El documento en que D. Alfonso VII hace «carta de permanencia de los fueros de su abuelo D. Alfonso» termina con imprecaciones para los que intentaran quebrantar la *Carta*, sean ex-comulgados y apartados de la ley divina, condenados al

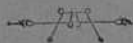
infierno con Satán y Aviron, queden ciegos por toda su vida y paguen mil maravedises al Rey y otros mil al Concejo.

Así es el notable *Fuero de Oviedo*, de «romance el más antiguo y bárbaro que he visto, mezclado con latin y malo de entender» como dice Sandoval en la *Crónica del Emperador*. Gozó con el de Avilés de gran importancia por monumento primitivo de la formación de nuestro idioma, hasta que en 1865 con crítica sagaz y diligentísimo estudio combatió su autenticidad el ilustre académico Sr. Fernandez Guerra (D. Aureliano), al negar especialmente la del diploma avilesino con la que está enlazado el ovetense por su redacción y significación. No se hace del nuestro un análisis tan detallado como del vecino fuero, para probar cómo y cuándo fué éste falsificado, aunque el docto anticuario dice que el de Oviedo se fraguaria á imagen y semejanza del de la villa próxima dándole diez años más de antigüedad, «explicación en que entra ya buena parte de hipótesis», como escribe el Sr. Quadrado. El erudito miembro de la Academia Española dice que la falsificación del Fuero de Avilés debió ser indudablemente posterior á 1280, y que Oviedo, celosa de la exención de aquella villa en 1274 ante el Gobernador de Oviedo, en 1281 ante el Adelantado de Leon y en 1289 con la confirmación de Sancho el Bravo, quiso «tener el mismo fuero, librado también por Alfonso VI, confirmado también por su nieto el Emperador, perdido ó quemado también el original, idéntico en un todo; pero diez años más antiguo», de 1145. No se fija la fecha de la suplantación; pero, si por la hermandad de los documentos se quiere que sea en el dicho año, de 1280, el señor Vigil (1) presenta con relación al de Oviedo, regios diplomas de fecha anterior, donde consta, reconocida por los monarcas, la existencia del ovetense Fuero, que *confirman* con sus exenciones. Es el primero de Alfonso IX que reconoce en Mondoñedo en 1227 la exención de portazgo de los ovetenses, con presencia de la carta de su Fuero, y Fernando III en Sevilla lo reitera con inserción en 1251; el Cabildo de la Colegiata de Arbas en 1259 confiesa igualmente la franquicia, conforme al Fuero, de los vecinos de Oviedo pasajeros por Villanueva de Riodermo; Alfonso X declara además

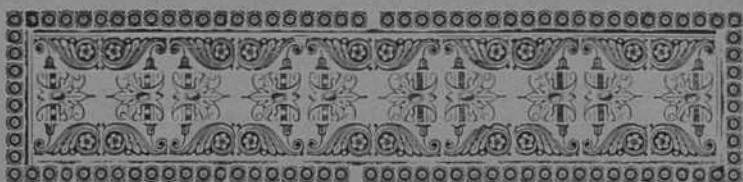
(1) V. Vigil: *Asturias monumental, epigráfica y diplomática*, págs. 275 y siguientes con la notable comunicación documentada que en 1874 dirigió á la Real Academia Española, impugnando los discursos del Sr. Fernandez Guerra.

en Sevilla la exención de portazgo en 1264 con vista de los privilegios municipales de Oviedo, y tambien en 1280 desde Burgos para exención de tributo en Pola de Gordon cuando pasaban los ovetenses para Astorga y Benavente. Ya veremos más adelante confirmado más y más veces el Fuero de Oviedo total y parcialmente, y asimismo otros privilegios de los monarcas refiriéndose al diploma, nunca puesto en tela de juicio. El mismo Sr. Guerra, que pone minuciosos reparos al texto de Avilés, reconoce que al *falsificar* el de Oviedo se hizo mejor el trabajo, tanto en la forma del texto como supliendo ciertas omisiones, consignando el verdadero notario de Alfonso VII, el Merino de Asturias, etc.; pero, y si quedaron otros lunares importantes que se aprecian ahora ¿no serían más fáciles de conocer entonces, cuando andaba el diploma por las régias cancellerías, para ser probablemente perdido con tanto viaje? ¿Cómo se pudo hacer y conservar un secreto entre tantos, en un hecho de subida importancia como era un Fuero de estimadísimas franquicias y preeminencias, sugeto despues en mil cuestiones á repetidos exámenes y reconocimientos? Entre la fecha del Fuero, 1145, y la revision de Alfonso IX en 1227, median solo ochenta y dos años, plazo donde se tocan dos generaciones, y así la suplantacion se hubiera descubierto enseguida por tantos enemigos de los favores de Oviedo. Los Alfonsos IX, X y XI dieron fueros á las principales villas de Asturias, y, bien claro está, que si no los dieron á las importantes de Oviedo y Avilés debió ser por que los tenían. Respecto á la redacción no se diga rotundamente ser latina la cancellería en 1145; porque el Marqués de Pidal, que es de los que más acortan el nacimiento del castellano, no duda que algunas veces se usase antes del siglo XIII (1); y no se olvide que, como repara bien el Sr. Quadrado, las cláusulas del ovetense fuero, habian ido modernizándose al ser trascritas en las confirmaciones de los siglos XIII y XIV.

F. CANELLA SECADES.



(1) V. la «Refutación al discurso del Sr. Fernandez Guerra sobre el Fuero de Avilés, escrita por D. José Arias de Miranda.—Madrid: 1867», pág. 80.



INFLUENCIA  
DE LA  
HIGIENE PÚBLICA Y PRIVADA  
EN EL  
DESARROLLO FÍSICO MORAL É INTELECTUAL  
DE LOS PUEBLOS.

---

La caridad es la más sublime de las virtudes, y aquella cuyo ejercicio reporta más beneficios á la humanidad. Y no se limita el ejercicio de la caridad á dar un socorro material al necesitado de él: hay otra especie de socorros mucho más importante, infinitamente más productiva y benéfica, la de los socorros intelectuales. *No solo de pan vive el hombre*, dicen los libros sagrados, y en efecto: suponed un hombre que tenga todo lo necesario para atender y cubrir sus necesidades materiales, para satisfacer todos sus apetitos, para calmar todos sus instintos; pero suponedle falta de cultivo intelectual, sin otras luces que las que el Supremo Hacedor infundiera en su espíritu al crearle, sin los conocimientos que la sociedad nos inculca, y mucho ménos sin los que el estudio por superficial que sea, nos proporciona. Suponed un individuo en estas circunstancias, viviendo solo por sí y para sí, peor aún que los animales que saben mucho más de lo que generalmente se piensa; figuráosle aislado y abandonado á sus propios impulsos, y comparadle despues con un sér que disfrute de todas las ventajas de todo género que la sociedad y la educación proporcionan. Comparad á estos dos séres, y fácilmente comprendereis la desgracia del primero y la felicidad del segundo. Pero habeis de compararlos de un modo lógico. Porque os espondeis á un grave error, á dejaros seducir por engañosas apariencias y creer superiores ventajas y males que conocéis y experimentais, á otros que solo conocéis por suposiciones más ó ménos fundadas. En efecto, podeis juzgar que el salvaje es completamente libre y por lo tanto completamente feliz en sus bosques vírgenes, por estar exento del yugo social, y creer desgraciado al hombre civilizado por estar sujeto á las trabas y leyes sociales. Pero raiocinad bien sobre tan importante punto



y vereis bien pronto cuan equivocados son esos conceptos. Suponed al hombre inculto experimentando todo género de adversidades de esas que son inherentes á la condicion humana, y le vereis lanzarse á toda clase de actos desordenados, presa de la mayor desesperacion. Pero comparadle con el hombre civilizado, que victima de esas mismas adversidades encuentra en la sociedad, en la familia que le rodea, un poderoso lenitivo á sus dolores, eficaz consuelo de sus penas, y en sí propio merced á la fortaleza del espiritu y esperanza en Dios, que ha inspirado en su alma la religiosa educacion que recibiera cuando niño. Entónces, merced á ésta sencilla comparacion de juicios, formareis el raciocinio de que la educacion y la sociedad hacen del hombre un ser privilegiado y le imprimen verdadero carácter de hombre, distinguiéndolo de los demás animales; pues de poco serviría el alma, ese destello de Dios, si el hombre no la cultivara y engrandeciera.

Por todo lo anteriormente expuesto, facilmente se comprende la importancia que la educacion tiene en la vida del hombre y por lo tanto en la de la humanidad entera. Por medio de la educacion, llega el hombre á comprender el objeto de su presencia en el mundo, y á admirar como debe la maravillosa obra de la creacion. Por ella misma, y merced a la idea de la necesidad del trabajo que nos inculca llegamos á poseer el caudal de conocimientos necesario para desempeñar una profesion cualquiera que ha de contribuir á auxiliar en sus necesidades á nuestros semejantes y aun á nosotros mismos. Por medio de la educacion en fin, llegamos, hasta don le es permitido á la inteligencia humana á penetrar y comprender la infinita sabiduria y bondad de Dios, causa primordial de todo lo creado.

Infinitas son las ramas del arbol de la educacion, y no es mi ánimo, ni seria posible en límites tan estrechos como los de una Revista tratar de todos ellos ni aun del modo más superficial. Pero voy á llamar la atencion hácia uno muy importante, y cuya utilidad inmensa trataré de probar sin que tenga que esforzarme mucho para conseguirlo, pues de su sola enunciacion se desprende su importancia.

Siempre la educacion ha estado algo atrasada en nuestro país, siendo esta la sola causa de que España no figure al nivel de otras naciones civilizadas. La política y las revueltas ocasionadas por nuestras exaltadas pasiones, han absorbido toda la atencion de nuestros gobernantes, y la educacion, que en otras naciones es el cuidado preferente de los gobiernos, ha quedado en el más lamentable olvido. Pero como en el mundo todo llega, ha llegado felizmente el día de la reparacion y de algun tiempo á esta parte se ha operado un movimiento reaccionario en favor de la educacion, de la enseñanza, y aunque hayamos tenido que importar del extranjero las bases sobre que han de asentarse los cimientos del edificio de la educacion humana, el caso es que, de algunos años á esta parte, se observa que la enseñanza en España produce frutos más opimos, resultados más satisfactorios; que nuestras clases obreras son más instruidas, y que con el tiempo sacarán nuestra industria del opresor monopolio de los extranjeros. Se observan toda clase de adelantos en las ciencias y en las artes, y nuestra hermosa pátria marcha, aunque á lentos pasos, por el camino del progreso á ponerse al nivel de las más ilustradas del mundo.

Todo esto es debido á la mayor atencion y proteccion que los gobiernos

dispensan á la educacion y á la enseñanza, permitiendo y facilitando á las claras inteligencias de nuestro privilegiado país, engrandecerse y tender su vuelo, ávidas de saber, por los incommensurables espacios de la ciencia.

Pero entre todas las ramas de la educacion, hay una á la que no siempre se ha concedido toda la importancia que merece por el fin á que tiende. Esta es la higiene. Juzgándola equivocadamente, patrimonio exclusivo de los médicos, se ha descuidado su estudio y en muchos centros de enseñanza, la palabra *higiene* solo ha figurado en el cuadro de estudios, y en otros y no pocos se ha explicado de un modo incompleto é imperfecto y á veces bufo y grotesco.

Con solo decir que la higiene es el arte de conservar la salud, facilmente se comprenderá su importancia y utilidad. Y si además, se reflexiona en que todo aquello que conserva la salud evita las enfermedades, que son el azote de la humanidad, tendremos hecho el mejor elogio, aunque no sea el más pomposo, de la higiene.

No es posible figurarse el sin número de enfermedades que aquejan al hombre; y que reconocen en su inmensa mayoría por causa, el olvido de los principios higiénicos. Desde que salimos al mundo, exhalando un gemido, como si presintieramos los males que nos aguardan, ininidad de causas destructoras empiezan á rodearnos, acechando una ocasion que á veces es un descuido por nuestra parte, para hacernos sentir su pernicioso influencia. ¿Y cómo podría el hombre, ser débil y solo, resistir á tantas causas perturbadoras de su salud, si no fuera por el auxilio de la higiene en primer término y de la medicina en segundo? Imposible.

Por un concepto erróneo é inexplicable aunque hijo de la escasa é incompleta educacion que se dá á la mujer en nuestro país, se ha creído siempre que el estudio de la higiene estaba reservado al hombre, como si la mujer no ocupara en la sociedad un lugar tan importante siempre y á veces más que aquel, y como si el hombre en su primera edad no estuviese al cuidado casi exclusivo de la mujer, de su madre, que vela por él con indecible ternura. Vosotras; lectoras mías, comprendereis en un día no muy lejano, lo absurdo de este modo de pensar. Vosotras llamadas, quizás por vuestra vocacion al tan nobilísimo cuanto ingrato y espinoso cargo del magisterio aunque llamadas tambien por vuestro sexo á compartir con un hombre los placeres y las amarguras del matrimonio, vosotras, repito, llegareis á comprender la inmensa importancia de la higiene, y la comprendereis tanto más, cuanto mejor estudiéis y apliquéis sus sencillos principios, y compareis las ventajas obtenidas, con los contratiempos que á cada paso recogen las personas que los ignoran y hasta desprecian. Porque vosotras, aunque mujeres, valeis tanto ó más que los hombres, que de vosotras nacen, y vosotras sois las que nos cuidais en nuestra infancia cuando somos seres débiles é incapaces de valernos por nosotros mismos; porque vosotras cuidais de la salud de nuestro cuerpo, al propio tiempo que de la de nuestra alma, inculcau lo en nuestro sencillo corazón el caudal de bondad que el vuestro atesora, y grabando en nuestra alma las virtudes que adoraan la vuestra. ¿Y ya que la religion os enseña el modo de conservar la salud de nuestras almas, por qué no habeis de aprender la higiene que os enseña á preservar nuestro cuerpo de enfermedades?

No necesita una madre que nadie le diga que cuide á su hijo: ella que es to-

do cariño, todo ternura, lo sabe instintivamente, porque el amor de madre es el amor de los amores, y mediante él, ésta todo lo prevee, todo lo presiente y con un instinto exquisito, adivina todo lo que puede ser perjudicial al hijo de sus entrañas. Pero si necesita una madre que se la enseñe á dirigir y aplicar bien esos tiernísimos cuidados, que guiándose solamente por su buena voluntad, pudiera convertir en causa de enfermedades. Porque el cariño es ciego; porque una madre que abriga con exceso á su hijo, tratando de librarlo de las inclemencias atmosféricas, puede ocasionarle las enfermedades de que quiere guardarlo, lo mismo exactamente que una madre descuidada ó ignorante que llevara á su hijo en invierno, con un vestido ligero de los que se usan en los ardorosos días de la canícula. Y obsérvese aquí el caso tan frecuente de conseguirse un mismo fin por medios tan opuestos.

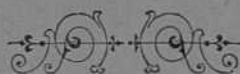
Con todo lo expuesto, y sin aducir más razones, que serian otras tantas ofensas hechas á vuestro claro entendimiento, creo haberos demostrado la necesidad que tiene la mujer de saber practicar los principios de la higiene, sino quiere ser una mujer vulgar, que dejándose guiar por su ciego instinto ó por las sugestiones de personas tan ignorantes como ella, sea con su ignorancia, una causa directa de todos los daños que á su hijo pueden sobrevenir. Porque así como la mujer *sábia* es una verdadera calamidad social, la mujer *solamente* instruida es un ser adorable y adorado por el hombre que vé en él su apoyo, el consuelo de sus dolores, y un *otro él* en quien puede descargar una parte de los excesivos cuidados que le abruma, y confiarle en absoluto el cuidado material y moral de su hijo, mientras él trabaja para obtener el sustento de ambos.

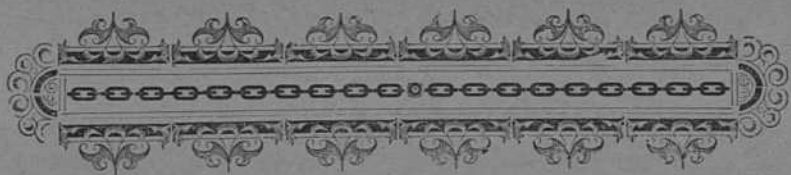
Cuando habéis en sociedad con esa muchedumbre de personas que á pesar de su traje siempre han sido, son y serán *vulgo* y nada más que *vulgo*, lo que pudiéramos llamar *vulgo distinguido*, uniendo palabras que rabian por verse juntas, cuando, como os sucederá frecuentemente, habéis con dichas personas de higiene, y tratéis como es vuestro sagrado deber de encomiar su importancia y utilidad, obtendréis casi siempre una respuesta muy comun, que os darán con la sonrisa del desden que tan bien sienta á la ignorancia: me refiero al tan trillado y sofístico tema de que las personas pobres y las que viven en el campo protegidas solamente por la clemencia del cielo, son las más sanas y fuertes, y las que padecen menos enfermedades. Esta argumentación es perfectamente absurda, porque las personas que tan ilógicamente discurren empiezan por desconocer en absoluto el estado sanitario de la clase proletaria y rural, y cuando más conocen algun niño robusto y colorado que comparan con su hijo raquítico y enfermizo á fuerza de excesivos cuidados mal dirigidos y antibigiénicos. Si los que de tal manera juzgan conocieran las estadísticas demográficas, verían el espantoso número de defunciones que ocurren entre esa parte de la sociedad que ellos creen tan sana, y entonces comprenderían su error al creer que las personas que, por su posición ó su ignorancia, no practican los principios de la higiene, son las menos expuestas á enfermedades, y eso que especialmente á la gente de campo, la naturaleza les rodea de un aire puro, tan distinto del viciado en las habitaciones pequeñas y mal ventiladas, y desconocen además un sin fin de vicios que minan la sociedad de las ciudades.

Si los gobiernos velaran como deben por sus gobernados y erigieran en leyes los preceptos higiénicos, castigando severamente á los contraventores de ellos, disminuiría notablemente la mortalidad en todas las clases, en todas, sí, porque la higiene cabe hasta en la choza del humilde pastor, lo mismo que en el palacio del opulento magnate. Entonces, cuando hubiera pasado cierto número de años despues de planteadas estas necesarias reformas, que piden de consuno la moral y la salud, podríamos comparar las estadísticas obituarías con las de hoy y veríamos la notable diferencia entre los datos que unas y otras arrojaran. Entonces y solo entonces, con esa lógica irresistible de los números, ante los cuales se estrellan todos los sofismas, comprenderíamos la utilidad y necesidad de la higiene como base de la salud, de la vida.

Vosotras, no pertenecéis al vulgo de las mujeres: además de las gracias y encantos propios de vuestro sexo reunís una esmerada y sólida instruccion, tal como la necesitáis para el ejercicio de la sagrada y noble mision que os ha sido confiada. Vosotras llamadas por estmision á inculcar en el sencillo corazon de la mujer en su primera edad, toda clase de semillas de bien, semillas que han de fructificar en su dia añadiendo sus flores á las que ya adornan vuestra corona de gloria, vosotras sois las que habeis de preparar poco á poco ese movimiento que indudablemente ha de operarse en favor de la ilustracion de la mujer. Vosotras derramareis la luz del saber en las oscuras profundidades de inteligencias vírgenes, y con vuestra asiduidad en el trabajo recogeréis al fin de vuestra carrera una abundante cosecha de bendiciones, de los que recibieron de vosotras el mejor y más preciado de los bienes. Inculcad en el ánimo de vuestras amigas el amor á la higiene y la necesidad de observar y practicar sus preceptos, y os habreis adelantado á vuestra época: porque creed, lectoras mías, que aun está lejos el dia en que la educacion de la mujer sea tal como debe ser y como reclaman las necesidades de la sociedad, y aun han de pasar muchos años sin que en España se conceda á los estudios higiénicos la preferente atencion que merecen. ¡Ojalá mis fatídicos pronósticos ne se realicen, y quiera Dios que los hombres hagan todo cuanto pueden y deben por ese sexo bello y desgraciado, llamado á compartir nuestras alegrías y nuestras penas, nuestros triunfos y nuestras decepciones, por esa hermosa mitad, en fin, que el Supremo Hacedor dió al hombre para consuelo de las infinitas amargas que le atormentan en este valle de lágrimas y miserias!

ARTURO CAYUELA PELLIZARI.





# EPISODIOS MARÍTIMOS

## La fiebre de la guerra.

---

(CONTINUACION)

En medio de los acontecimientos que venimos relatando, se habían propalado ciertos rumores sospechosos, sobre la fidelidad del jefe de los intérpretes que nos servía en nuestras comunicaciones con la morisca gente; rumores que no pasaron sin duda desapercibidos del interesado. Era este, un individuo de la raza moruna, que prisionero de guerra en la toma de balanguingui por el general Clavería, le prestó buenos servicios y continuó prestándolos á las autoridades españolas del archipiélago Filipino, tanto que fueron recompensados con la graduacion de alférez de fragata, que poseía á la sazón. Queriendo demostrar lo injusto de las sospechas de traicion que le imputaban; manifestó á nuestros jefes, que en la isla de Bocotua existía un canal que la dividía, y que los naturales llaman silangua; en cuya mitad próximamente, tenía un ensanche bastante notable y en donde los moros habían establecido una especie de astillero, en el que seguramente encontraríamos numerosos paucos y muchos naturales de las islas, que podríamos fácilmente sorprender, dirigiendo nuestras fuerzas por una y otra embocadura; pero que á consecuencia del poco fondo que subsistía en alguno de sus pasos, solo podíamos verificar la navegacion, con embarcaciones de poco calado.

En vista de estas interesantes noticias, despues de medio dia y de comer la gente, se preparó sigilosamente la expedicion, que debían formar ocho botes armados y con algunos números de infantería. La pequeña flota iba mandada por el teniente de navio comandante de las faluas; y dos de los botes, iban á las ordenes del que escribe estas líneas. Salimos en direccion de la citada is-

la y divididos por igual el número de las embarcaciones, tocome la suerte embocar la silanga por la parte más próxima; mientras que los otros botes rodeaban la isla para entrar por la parte opuesta del canal.

Bien comprendíamos, que el refugio denunciado por el atribulado intérprete, tenía las mejores condiciones extratécnicas para evadir un ataque ó aceptarlo, teniendo la retirada segura por uno ú otro ramal de la silanga, pero como los íbamos á atacar por uno y otro lado, nos relajamos de gusto, al pensar la fructuosa sorpresa que íbamos á realizar.

Es imposible describir la encantadora belleza que se ofreció á nuestras atónitas miradas, tan luego como embocamos la casi oculta entrada del canal. Una verdadera bóveda de verdura; más bien, un túnel de fresquísimo follaje, de distinta elevación, en que la exuberante flora ecuatorial entrelazaba sus variadas ramificaciones sobre las sosegadas y oscuras aguas, formando caprichosos accidentes; y todo esto bañado por una luz tenue y misteriosa que producía maravilloso encanto. Apesar de tan mágico y seductor espectáculo teníamos el espíritu alerta; y yo mismo llevaba preparado sobre las guardas, un precioso rifle norte-americano de dos cañones, que me había prestado para esta expedición, el primer maquinista del vapor, originario de los estados Unidos.

No bien nos habíamos internado por silanga unos cuantos cables, cuando en uno de los caprichosos recodos que formaba el bote que llevaba á la cabeza de explorador, embarrancó en un banco de arena; que reconocido, viendo se extendía mucho, nos vimos obligados á echarnos á el agua toda la gente de los cuatro botes y empujados por los marineros conseguimos despues de un rato ponerlos á flote. A poca distancia de este banco y en un paraje por demás pintoresco, en el que las manglares é infinidad de arbustos entrelazados de potentes enredaderas, casi tocaban nuestras cabezas, volvimos nuevamente á embarrancar; y con agua hasta la cintura, tuvimos que andar un largo trecho llevando casi en hilo las embarcaciones, en las que apoyaban sus hombros la marinería. Durante esta maniobra, observé que la gente en su mayoría filipina, se mostraba preocupada y alarmada, mirando recelosa á su alrededor y cuchicheando en su idioma tagalo, como si presintiera algun oculto peligro. Diríjime al patron del bote, también tagalo y que se hallaba inmediato á mí, preguntándole la causa del temor que parecía sobrecojerles, y con el laconismo propio de esta raza, contestome:

Caimanes, Señor!

La hermosura del paisaje, la temperatura dulce y el perfume gratisísimo que disfrutábamos, desaparecieron en un momento y un estremecimiento involuntario de frio, recorrió mis nervios; al propio tiempo que un olor especial y inauseabundo, impregnó al ambiente. Sabido es que estas terribles anfibios exhalan un repugnante hedor y este era el que percibimos. Sin duda había una guarida próxima de estos feroces reptiles, pero asustados tal vez del ruido que hacíamos alterando el profundo silencio que de ordinario debía reinar en aquellos parajes, tuvieron el buen acervo de no presentarse á nuestra vista; y muy luego con suficiente

agua recobramos nuestros botes y nos separamos de tan poco risueños lugares.

Así seguimos por un buen espacio, navegando lentamente y con toda precaucion, hasta que al revolver de una estrecha y muy acentuada curva del canal, apareció á nuestros ojos una anchurísima ensenada, en cuyo fondo, distinguimos baradas en una pequeña playa, varias embarcaciones y algunas otras fondeadas. Un vocerío inmenso resonó en los aires y vimos que en desordenada confusion huían multitud de moros, desapareciendo entre los melglares. Forzando de remos, hicimos un fuego graneado los que no remabamos, disparando los dos pedreritos cargados de metralla que llevabamos en la proa de dos botes.

Nuestra seccion, llegó la primera á este oculto paraje y los moros sorprendidos se internaron unos en el fragazor de los bosques y otros arrojandose sobre las pequeñas embarcaciones que entre los pancos había, trataron de ganar á toda fuerza de paleta, el ramal, de la silangua que conceptaron libre; pero la otra seccion de botes les cortó la retirada y entonces varios se echaron al agua y empujaron los barotos y vintas en que iban á embarrancar entre los manglares.

Al aproximarse y presentarse las recién venidas, hubo un momento de confusion y aun de peligro, porque habiendo roto tambien el fuego contra los moros que quedaron en los pancos, algunas balas tocaron nuestros botes, que ya ocupaban un sitio avanzado, y casi entre las embarcaciones del enemigo. Felizmente no tuvimos consecuencias desagradables y combinando mejor el ataque, rodeamos y dimos el abordaje á los pancos fondeados y embarrancados. Los moros que quedaron en ellos y no pudieron alcanzar el bosque, hicieron una resistencia heroica; pero careciendo de armas de fuego y acosados por todos lados, quedaron detenidos y acribillados de balazos y bayonetazos. Solo pudimos hacer unos 15 prisioneros, entre ellos algunos heridos. El comandante de la expedicion ordenó agrupar todos los pancos y embarcaciones que allí existian y regándolos con algunos cartuchos de pólvora, les prendimos fuego por varios lados. Despues de convencernos de que el incendio era inapagable, reunidos todos los botes abandonamos estos sitios de desolacion, alumbrados por las siniestras llamas de aquella gran hoguera y emprendimos la vuelta por los mismos sitios que habiamos recorrido anteriormente y con las mismas circunstancias, sin que los señores caimanes hubiesen variado de sus propósitos de permanecer ocultos; desembocando la silanga y dirijiéndonos á el buque insignia, para dar cuenta de nuestra escursion.

Repartidos los prisioneros en los diversos buques á que pertenecían los botes, tocome llevar á bordo del vapor El Cano, tres de ellos, y bien maniatados, los colocamos en la primera bancada del bote; uno de ellos medio desnudo, presentaba en su cuerpo diversas cicatrices y una tan profunda, cogiéndole la frente y la mejilla le daba un aspecto por demas siniestro sobre la fisonomia de brutal ferocidad que le distinguía; en la que tambien aparecia la sangrienta herida de un bayonetazo que al ser cogido experimentó; el segundo moro no le caracterizaba ningun notable rasgo y

el tercero; era casi un niño, y en su actitud demostraba el temor de que estaba poseído. Cuando iba ya á dar la orden de desatracar para dirigirme á mi bordo, que con ansia esperaba para descansar y secar mis húmedas ropas; asomé al portalon nuestro comandante general y detuvo nuestra accion, para darme algunas instrucciones que debía comunicar al comandante del vapor. A este propósito púseme de pié para escucharle y cuando terminado el coloquio me disponia á partir; el terrible prisionero de las cicatrices, dando un salto de pantera, se arrojó sobre mi, haciéndome perder el equilibrio y que seguramente me hubiera dado un remojon mayúsculo, cayendo fuera del bote, á no haber andado listo el patron que á mi espalda tenía y que impidió cayera al agua. Nuestro general en jefe, que presenció tan temerario ataque de un hombre que tenia los brazos bien atados á la espalda, sin poder contener su indignacion, exclamó con viveza: «Fuego sobre ese foragido». Por mas que yo llevase al cinto de la pequeña canana de municiones del rifle, una pistola de buen calibre, no se me ocurrió ni siquiera la idea de vengarme á sangre fria y por mas que me escitara á ello mi jefe superior, en este desesperado moro.

Al atracar con mi bote á la escala del vapor el Cano, las sombras de la noche se habian hecho dueñas del último crepúsculo de la tarde; y en el portalon me aguardaban con ansiosa curiosidad, el comandante y oficiales, que anhelaban saber los acontecimientos ocurridos en nuestra expedicion.

## V.

Hasta aquí hemos relatado sin interrupcion ni descanso, las continuas y variadas peripecias de los tres días que se habian sucedido despues de nuestra retirada de las aguas joloanas, en las que como se ha visto, no tuvimos un momento de reposo; de tal suerte se sucedian los acontecimientos y todos nos encontrábamos en un estado de agitacion indescriptible, sin tener verdadera conciencia de las atrocidades á que nos hallábamos entregados; y de tal suerte nos habiamos acostumbrado á esta atmósfera malsana, que las fibras del sentimiento, no tenian eco en nuestros corazones encallecidos; y sin embargo el último episodio de la feroz campaña emprendida contra los desdichados habitantes de las tres islas que nos rodeaban, fué tan terriblemente dramática, que dejó imperecederas huellas en el ánimo de los que la presenciábamos.

Como hemos dicho, cuando regresé á bordo del vapor con los tres prisioneros, me esperaban impacientes mis compañeros, á los que impuse brevemente del resultado de la expedicion y del último incidente acaecido con el desesperado prisionero de las cicatrices. Este con sus dos camaradas, se encontraba ya sobre cubierta y se estaba disponiendo la barra de grillos, que debian sugetarlos al pié del palo trinquete. A este sitio nos dirigimos todos, alumbrados por los vacilantes rayos de dos faroles. La mayor parte de la gente que á bordo llevábamos, reposaba casi en su totalidad



sobre el piso de la cubierta y únicamente la tropa de guardia y algunos timoneles y curiosos, rodeaban el pequeño espacio donde se había fijado la barra. Los moros, siempre sujetos por sus brazos á la espalda permanecian de pié mudos y sombríos; viendo los preparativos que se hacían. El comandante cogió en sus manos uno de los faroles con que nos alumbraba un timonel, y aplicóselo al rostro del bandido de la acometida; y al ver aquel horrible semblante sucio y cubierto de cuajarrones de la sangre que le manaba de su aun fresca herida, no pudo menos de exclamar «¡Qué feo y espantoso es!» Apenas pronunciadas estas palabras, el que era objeto de ellas, rápido como el pensamiento, dió un paso para tras y se lanzó como un tigre sobre el cuerpo del desprevenido comandante y con su mano derecha que había logrado soltar del rebenque que le sujetaba, le infirió, cual si fuera la garra de aquella fiera, un arañazo que desde la mejilla le rasgó el labio inferior, destrozándole la pechera y la levita; y gracias que conservaba los codos sujetos y que el agredido era de elevada estatura. Nuestro gefe palideció considerablemente, no sé si de temor ó de rabia; pero repuesto prontamente, dirigiéndose al oficial de guardia, le ordenó que enseguida le preparasen un bote. Hizose así; y embarcándose sin darnos ningún género de esplicaciones, se dirigió al vapor «Reina de Castilla.»

Todos quedamos sorprendidos sin atinar la intencion de nuestro superior; y entre tanto duraba su ausencia, dispusimos trincaesen bien al recalcitrante prisionero.

El indignado y arañado comandante, subió la escala del Reina de Castilla y segun nos refirió poco tiempo despues con toda minuciosidad el oficial que estaba de guardia aquel dia en dicho vapor, le dijo pasase aviso al general de que deseaba hablarle. Pasado el recado, Urbiztondo indicó que podía bajar á la cámara el comandante de el Cano.

El general estaba escribiendo sobre la mesa de la cámara y el comandante general Quesada leía un libro inmediato á él. Cuando vieron el estado deplorable de éste, suspendiendo la ocupacion á que se entregaban, le preguntaron algo sorprendidos, que sucedía. Entonces nuestro gefe contó brevemente lo ocurrido á bordo al asegurar los presos que le habian confiado; añadiendo que no respondía de que el temerario moro, durante el sueño de la marinería, con la habilidad diabólica que es propia de la raza, lograrse romper sus ligaduras é hiciese alguna nueva fechoría que fuera sonada.

El general Urbiztondo escuchó atentamente esta relacion y pronunció estas solas palabras: «Mándeles V. fusilar» y continuó escribiendo.

Nuestro gefe muy satisfecho al parecer de semejante resolucion, saludó y tomó la escala que conducía sobre cubierta; pero apenas hubo puesto el pié en ellas, se sintió llamar por el brigadier Quesada, que le dijo brevemente y en voz baja: Que estando muy fatigada la gente con lo que habia trabajado aquel dia, no convenia fusilase al condenado moro, porque los tiros alarmarían á los demás buques, que acudirían á saber la causa; y que por lo tanto en vez de fusilarlo lo bayonetearan.

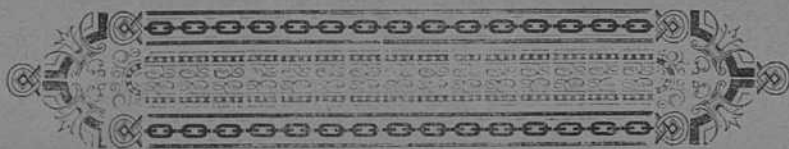
La voz dada por el centinela del portalon de «El señor comandante á bordo» nos hizo saber el regreso de este y acudimos presurosos é impacientes á recibirle.

Tan luego como pisó la cubierta, se dirigió al oficial de guardia y le ordenó, que armasen la bayoneta en sus fusiles la tropa de servicio, para dar fin como merecía al bárbaro moro que con tanta audacia le habia atropellado.

CONTINUARÁ

VICTOR DE VELASCO





## Notas de Viaje.



El insigne historiador y filósofo Taine en el Prefacio de su interesante libro *Notes sur l'Angleterre* dice lo siguiente: «Los ingleses tienen la buena costumbre de viajar por el extranjero y á la vuelta escribir sus apreciaciones sobre lo que han visto; los diversos testimonios así recogidos, se completan y corrigen...» «La tarea por otra parte, añade, no es difícil; basta á la noche escribir lo que se ha podido observar durante el día, cosa que á su modo, puede hacer cualquiera: solo se precisa, hacerlo con atención y sin prevenciones nocivas». Taine aconseja á sus compatriotas imitar á los ingleses en este punto y predicando con el ejemplo escribe y publica su interesante libro sobre las costumbres, el carácter, las tendencias, etc., de aquel pueblo singularísimo por tantos conceptos.

Pocas tareas en efecto pueden emprenderse más interesantes y útiles que la que el ilustré escritor encomia. Viajando y dando luego cuenta, como se pueda, de lo que en el viaje se hubiera observado se cumple á la vez con uno mismo y con el prógimo. Y luego ¡es tan fácil viajar hoy! En otros tiempos un viaje era cosa seria y grave. Habia que pensarlo mucho y, se necesitaba, sin duda, poseer un alma de buen temple y ánimo fuerte y sereno para decidirse. Tener que viajar era lanzarse á lo desconocido. En nuestros días basta ser más ó ménos jóven, llevar en la cartera unos cuantos billetes de banco (no muchos, muchos menos de los que la ignorancia cree), alguna carta de recomendacion... con esto y saber un poco el francés, que la necesidad perfeccionara lo suficiente, cualquiera puede lanzarse, no ya por Europa, sino á las Américas, á cualquier parte del mundo donde sean un hecho el vapor y la electricidad. Acaso han perdido con esto los viajes mucho de pintorescos. Los países pasan á través de las ventanillas

de los coches del tren vertiginosamente. Los cuadros se suceden con rapidez tal que á veces marean: ríos caudalosos, llanuras sin fin, montañas colosales, valles, playas, pueblos, ciudades, todo cruza ante nuestra vista con rapidez tal que luego al intentar representarse con la imaginación lo visto parece un sueño. Pero aparte de que ese modo de ver las cosas tiene su encanto y poesía ¡cuánto no se ha ganado en comodidad! Y ¿quién nos prohíbe dejar el tren y recorrer las comarcas que más interesen á pié deteniéndonos cuanto sea preciso en los lugares que importe? Y no vale nada la tranquilidad casi absoluta con que todo esto puede hacerse? Por más que reneguemos (á veces con razón sobrada) del Estado moderno al pagar las contribuciones, al tropezar con las aduanas, ó al chocar con un funcionario mal educado, es preciso reconocer que en punto á la seguridad personal va el Estado llegando al ideal. Puede uno hoy recorrer la Europa (*civil*) de un extremo á otro, sin tropezar con el más ligero inconveniente, y en ocasiones con la seguridad absoluta de que de haberlo la policía del Estado lo vencerá. Además ¿qué pueblo, por insignificante que sea hoy no brinda al viajero, con cuanto puede apetecer para descansar de sus fatigas, recoger noticias, proporcionarse guías, etc., etc.?

En fin que lo de viajar es nada. Salud regular (por lo ménos), y cuando no hay mucho dinero, poco y adelante. A razón de quince ó veinte pesetas diarias, puede recorrerse perfectamente (no usando Sleeping-Car ni otros excesos) casi toda Europa, visitando en cada ciudad lo que hubiere de más notable. Esto si va uno solo, que formando sociedades y gestionando con la compañía de caminos de hierro prudentes rebajas en el precio de los billetes, (que de seguro se obtendrían) los viajes aun podrían hacerse más económicos. No ha mucho un periódico inglés, la *Pall Mall Gazette* daba cuenta de *Cómo se puede hacer una excursión de Londres á Florencia*, permaneciendo en este punto diez y ocho días, por diez guineas ó sea en pesetas 270'50. (1) Reunidos unos ochenta socios de Toynbie Hall gestionaron rebajas en el precio de los billetes de los ferrocarriles, buscaron en Florencia medio de estar bien en fondas no caras y bastante buenas, prescindieron de ciertos lujos perfectamente innecesarios y hé ahí el milagro. Yo podría demostrar cómo se puede ir desde Oviedo á Paris (permanecer allí doce ó catorce días) y luego hacer una excursión por Suiza (Ginebra, Lausane, Berna, el Righi, Zurich, Basilea) Alemania (Strasburgo, riberas del Rhin y Colonia) Bélgica (Lieja, Bruselas y otros pueblos) regresando á Paris y á Oviedo, todo ello por 800 pesetas. Y cuento que nada de lo necesario y útil habría de faltar. Al menos á mí nada me ha faltado y no gasté las 800 pesetas.

(1) V. *El Boletín de la Institución libre de enseñanza*. Número 271.



Ahora bien, quien no puede ahorrar en su vida alguna vez 800 pesetas (¡cuántas, pero cuántas no se gastarán en fumar, en alurrirse en los cafés, en ir á los toros, es decir en cosas perjudiciales al cuerpo y... al alma!)

Como se vé la primera parte del consejo de Taine es fácil de seguir. Cualquiera puede viajar. Lo que ya no es tan fácil de seguir es la segunda parte. Porque hilar con la pluma, lo que uno ha visto y observado de modo que resulte la lectura amena é interesante aunque sea poniendo por su parte el lector buena dosis de indulgencia, entraña siempre mayor dificultad, que tomar billetes en las estaciones, ajustar fondas, verse libre de cicerones en Italia y hasta que entenderse con los cocheros de punto (que en sitios como Nápoles por ejemplo, es tarea un tanto difícil).

Pero como el que esto escribe ahora, ya cayó en la tentacion de emborronar cuartillas otras veces refiriendo algo de lo que vió por esos mundos de Dios, encomendandose á todo lo encomendable, y aun á riesgo de que el relato no sea ni interesante, ni ameno, allá van un poco ordenadas las notas tomadas oyendo unas veces el monótono trepidar de los trenes, otras esperando la voz de *partenza* con que en Italia anuncia la marcha de los mismos, venciendo la fatiga y el sueño en modesto cuarto de modesto hotel otras y en fin algunas desde la simpática y como decimos por la *tierra, atopodiza* celda del inolvidable colegio de España en Bolonia.

DE OVIEDO Á BARCELONA PASANDO POR MADRID.

*Junio de 1888.*

La Universidad de Bolonia, la más célebre en algun tiempo, de las Universidades, secundando el renacimiento moderno de Italia, citó á todos los centros científicos del mundo para que acudieran en los dias 11, 12 y 13 de Junio á festejar el VIII centenario de su fundacion. Entre esos centros científicos invitados por el Claustro universitario brononiense encuéntrase la Universidad de Oviedo y el claustro de nuestra insigne escuela aceptando con entusiasmo la invitacion me designó para representarle. A cumplir mi mision parti uno de los primeros dias del mes de Junio; con objeto de evitar ciertas molestias en el viaje largo y fatigoso por necesidad en vez de ir por Venta de Baños y Miranda á Barcelona, me fui á Madrid, en donde además me era más fácil pertrecharme de lo que más conviene en un viaje, es decir, de cartas de recomendacion.

A las doce de la mañana el tren correo partía de la Estacion. El dia se presentaba caluroso en extremo. Hacia presumir un verano... que luego no vino, al menos hasta el instante en que estas líneas se escriben el verano apareció tan solo en el calendario. Ni aun al pasar por las alturas de Pajares, se dejó sentir la más

ligera brisa. Mi compañero de tren, único de los cuatro ó cinco que conmigo habian entrado en el mismo coche, en Oviedo, se sofocaba como yo, y no cesa en cada estacion de tragarse vasos de agua... Llegamos á Leon. Una muchedumbre de segadores se lanzó á nuestro tren. Son más de trescientos. Todos, vestidos miserablemente, llevan al hombro su guadaña y un saco casi vacío. Van muchos que apenas si tendrán quince años. ¡Pobres! acinados en los coches de tercera, más parecen rebaños de animales, que grupos de personas humanas, ¡Qué gritos! qué desorden! El tren se pone en marcha: es un tren larguísimo, arrastrado por dos máquinas. Por aquellas llanuras pardas de Leon, y bajo un cielo azul que despedía fuego, parece moverse más perezosamente que de ordinario... En cada estacion de las 16 ó 18 que hay entre Leon y Palencia, los segadores arman, como suele decirse, un lío —¡Agua! ¡Agua! gritan. ¡Aguadora! y un tropel confuso aprovechando el minuto ó dos de parada se lanzan á la mesa de la aguadora y beben con avidez. Las vendedoras de agua, conocen la gente con quien tratan y no les dan el agua si antes no entregan la *perra* que cuesta. Esto ocasiona, disputas acaloradas. Entre tanto suena el pito y los segadores se lanzan á los coches con verdadera furia, pidiendo al jefe de estacion que espere el tren por ellos... El sol va poco á poco hundiéndose en el horizonte que se tiñe de un color rojo, de sangre: todo reviste esa solemnidad estraña que tiene la caída de la tarde en las llanuras peladas y tristes siempre, de Castilla. Solo interrumpe aquella monotonía melancólica, el ruido del tren, y las voces y gritos de los segadores... Llegamos á Palencia, ya de noche, Sentíase un poco de fresco, que respirábamos con alegría. 30 minutos de parada y cambio de tren! Los segadores ya silenciosos y pacíficos desfilan por la puerta de la Estacion, hácia la ciudad. Debieron de quedar allí en espera de otro convoy. A poco llegaba el tren de Santander. Cuando me disponía á tomar posesion de un *magnífico* departamento de segunda clase, solo, y por tanto en las mejores disposiciones, oigo que me llaman. Miro y me encuentro con un jóven á quien no he visto en mi vida.

—No tengo el gusto de conocer á V.—le digo.

—Ah! pues yo sí. Soy hermano de Fulano y cuñado de Zutano amigos de V. Voy á meterme en este coche....

—Bueno, es V. muy dueño—Al verle solo y sin nada en las manos pienso en qué peores incomodidades podian haber venido.

—Vuelvo me dijo—y desapareció mi hombre. No se hizo esperar. A poco llegaban él y un mozo. ¡Cielo santo! y como vienen! Uno, dos, tres cinco; yo no se cuantos bultos.

—Pero hombre donde va V. á colocar todo eso?

—Verá V. Yo lo arreglaré. Uno aquí de cabecera para dormir. Este, allá este, este y este... en la red. Mire V. yo viajo siempre así, sin equipage...

—Qué dice V?—le interrumpi.

—Sí señor sin equipage facturado. De este modo me evito los extravíos. Las empresas son tampoco cuidadosas....

Mientras decía esto lo colocó todo. Con mis dos maletas y lo que aquel prójimo trae quedaba el coche de modo que no cabía en él ni una sombrerera más. El tren se pone en marcha. Me dispongo á dormir como en mi propia cama. Me tumbo... admirablemente! cierrro los ojos y...

—Y V. va á Madrid?—me dice el otro.

—Sí...

—Yo tambien. Me han flejado cesante por unos lios del jefe, pero, me tienen que indignizar, porque soy por oposicion. Llevó magnificas cartas para el Ministro.

Se calla el cesante y me dispongo de nuevo...

—Quiere V. que cierre una de las ventanillas?—entra mucho aire.

—Como V. quiera,—le contesté.

Pausa y otro intento por mi parte para dormir.

—Oiga V. á que hora pasaremos por Avila?

—No lo sé—contestè suavemente.

—Es que tengo que poner un telegrama á mi hermano ¿Lo recibirá á tiempo desde Avila..? ó será mejor desde Medina?

—No lo sé—dije.

Silencio. Ahora sí que voy á dormir. Efectivamente ya el sueño cierne sus alas....

—Y va estar V. mucho tiempo en Madrid?

Me hago el dormido por no hacer otra cosa. Pero que importa; mi hombre es una bendicion de Dios; no puede estarse quieto. Le lastiman en la cabeza los tacones de unas botas que lleva metidas en la maleta; se levanta y tira la maleta á los pies. Todas las Estaciones le parecen Medina... Al fin me duermo.... Pero á poco rato me despierto sobresaltado.

—¿Qué ocurre hombre qué ocurre?—digo á mi prójimo al verlo desahorado, mirar los bolsillos y exclamando:

—Pues no es mala broma! me he fastidiado!

—Que le pasa á V?—repito.

—¡Nada! ¡nada!—que me bajé en Avila á poner el telegrama y olvidé allí las cartas de recomendacion... Buena la hice...

Pues señor hay que resignarse! no dormiremos. Es de día. Estamos en pleno Guadarrama, cruzamos por delante del Escorial. Su mole antipática y pesada se destaca en medio de aquella frondosidad.... raquitica....

EN MADRID.—Tomo un simon y me voy á la fonda. Dos dias en Madrid, con un calor á veces insoportable, que me hace pensar en ocasiones en las brisas que soplaran en Roma. Reuno mis cartas de presentacion para Italia. Con la ayuda y consejo de mi excelente amigo el Sr. C. arreglo definitivamente mi itinerario. Tiempo 36 á 40 dias. Presupuesto (no asustarse) 800 á 900 pesetas. Tengo que

ir directamente á Bolonia; el tiempo apremia y si he de llegar cuando debo, no puedo detenerme casi nada en ninguna parte. De Bolonia centro de las principales líneas ferreas italianas, haré yo el de mis escursiones al Mediodía y al Norte de Italia.

Ultimados mis asuntos en Madrid, y dispuesto á hacer las mejores amistades con mi compañero de viaje, inseparable durante unos días: el tren, tomo el de Zaragoza y Barcelona. El día ha sido caluroso, pero la tarde se presenta fresca, y espléndida como de primavera y con ese ínter especial alegre que las tardes primaverales toman en Madrid. A las siete estoy en la Estación del Mediodía. Tomo posesion de un asiento junto á la ventanilla y espalda á la máquina que es como mi corta esperiencia me ha enseñado que debe irse en el tren (así se evita el humo, el polvo y no molesta el aire). A su hora se pone en marcha Siguiendo mi costumbre empiezo por examinar el personal que va conmigo. Frente á mi un caballero muy serio, muy formal y simpático. No tiene traza de comisionista y lo es, sin embargo. A su lado una señora gruesa y frescota: entró en el coche con un regimiento de chirimbolos: tales como un botijo, una fiambarrera, una cesta con botellas etc etc. que colocó donde y como pudo. Lleva en brazos un niño robusto y sano, ¡Angelito! No se puede buscar mejor compañero de viaje, sobre todo si está echando los colmillos. Apenas entró la señora en el tren se pone un delantal de hule y unas mangas de percal ó cosa así. Tales preparativos me aterran y hasta me mueven á irme á otro coche. Pero segun puedo observar los demás departamentos estan peor si cabe. Van atestados de gente. A un lado un joven imberbe, académico de la de Jurisprudencia con seguridad; se le conoce por la oratoria que usa privadamente. Segun supe despues, es un *recien-abogado*. Al otro extremo van dos caballeros. Uno como de sesenta años, el otro bastante más joven. Son dos portugueses que andan visitando á España. A la fecha han visto ya diez y nueve catedrales. La catedral es para ellos la unidad de viaje. Recorrieron todas *as Andaluzias* y *as Galicias*. El angelito canta como un canario, me anuncia una noche: como la otra. Pero no es mas que un anuncio. Despues de hacer varias operaciones que no anoto en mi diario se duerme, y yo tambien.

EN ZARAGOZA.—Cambio de personal. Me dejan los portugueses y el académico.... En su lugar entran dos ilustres y voluminosas matronas... del Ebro. Aragonesas de pura raza. Van de ocultis es decir sin pagar, ó pagando menos de lo que debian.

Diálogo cogido al vuelo. (A la portezuela está un hombrazo, es marido de una de las viajeras).

La más habladora y más gorda dice:

—*Toos ustés* van á Barcelona? Nosotros vamos y por quince días *á lo menos*. ¡Otra! ¡Oye Firmin cuida bien á los chicos ¡pobrecitos! Mira á Manolico no le dejes salir más que á la escuela. No



se vaya á coger un sofocon. Si quiere salir no le pegues; que me da lástima; ten caridad con él; átaló bien *atao* á una cama.

El hombrazo sonrie dándose por enterado.

—Contra! ¡quién no va á Barcelona hoy! ¡qué envidia tendrá la Teresa! ¡Que rabie!

Acércase á la portezuela otro hombrazo y dice,

—Calle! ¿á donde va la Matilde? y se marcha y deja solo al marido!

—¡Qué más da! ¡otra! y qué va á pasar!

—Quién lo sabe!—contestó el hombre aquel.

La gorda se rie con fuerza y exclama:

—Por la Pilarica! ese! no! mi hombre es más honrao... Mire V. señor Juan respondo de él más que de mí misma. Conque ya ve

—Mejor te fuera callar. Siempre estás diciendo *inconvinencias!*

—Gritó el marido mal humorado.

El tren se pone en marcha. Oyense los últimos pregones de—  
Quién me compra una virgencita del Pilar muy bonita, muy bonita!  
y las dos matronas la emprenden con la lengua á decir disparates de tal calibre, que no anoto en mi diario por la misma razon que no anoto lo de las operaciones del angelito antes de dormirse y despues de haber dormido.

Nunca habia recorrido los campos de Aragon. Yo tenia por el más triste y melancólico de los paisajes las llanuras de Castilla, pero aun lo es más el de estas lomas pardas y agrietadas que se pierden en el horizonte. A ratos aparecen cubiertas de olivos. Pero qué importa? El crudo invierno pasado les ha hecho un daño atroz; casi todos están con las ramas secas, de modo que en vez de ser una nota alegre y risueña en aquella monótona naturaleza contribuyen á hacerla más tristes y miserable. A partir de Lérida el paisaje cambia notablemente. Primero es una llanura muy bien cultivada. Luego comienzan á verse las montañas cubiertas de verdor; y los valles frondosos y profundos. Siéntese ese fresco agradable de los bosques y se respira en un ambiente tal que recuerda el de nuestra incomparable Asturias. A lo lejos se divisan las montañas extraordinariamente raras y características de Monserrat...

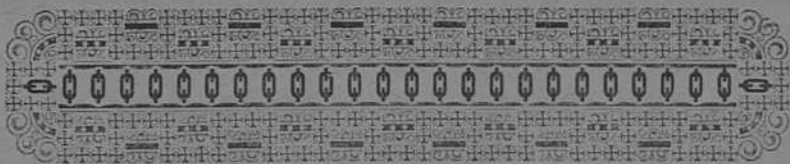
Llegada á Barcelona. La segunda jornada de tren ha terminado. La entrada en Barcelona anuncia ya que está uno en una poblacion verdaderamente grande. El movimiento de coches y tranvias es extraordinario. Un mozo tomó mis maletas y nos metimos en un tranvía. Voy derecho á la Estacion de por que Francia, un compañero de viaje me habia dado noticia de un Hotel propiedad del dueño del Restaurant de la citada Estacion y muy apropósito para mí que no puedo detenerme en Barcelona más que el tiempo estrictamente necesario. Mi deseo era ir por mar desde Barcelona á Genova, pero no hay vapor el dia que yo lo preciso. Mientras voy en el tranvía me dedico á echar un vistazo á las calles que recorreremos. Son en general anchas: con magníficos edificios; calles de una po-

blacion de primer orden. El tranvia pasa tambien por junto al Parque donde se encuentra instalada la Exposicion universal. Un arco monumentalmente pesado, que reconozco por haberlo visto en varios periódicos ilustrados, señala la entrada principal de la misma. Llego á la Estacion de Francia, despues de varias vueltas me encuentro con Mr. Baqué, dueño del Hotel. Este se halla enfrente de la estacion. Me instalo. Debo partir para Francia á las cinco de la mañana del siguiente dia. A las ocho y media de la noche me lanzo á los paseos, con el plano en la mano que estudio á la luz de los faroles. Primero, paseo de la Aduana, amplio con dos filas de altos y corpulentos árboles. Luego una fuente monumental que se me antoja bonita á aquella luz: el paseo de Isabel segunda despues. Más allá la Plaza de Antonio Lopez; en medio de lá plaza se levanta el monumento dedicado á este célebre capitalista. La estatua de bronce se eleva sobre un elegante pedestal; como esta colocada la figura con la cara hacia tierra, no falta quien lo haya llamado ingrato porque vuelve la espalda al mar, es decir al que debió casi todas sus riquezas y celebridad... A continuacion del monumento esta el bonito paseo de Colon. Dos filas de palmeras lo señalan, la luz eléctrica lo ilumina; presenta una vista verdaderamente espléndida. En uno de los lados del paseo, el que da al muelle, se levanta el *Gran hotel internacional*, obra que los catalanes hicieron en tan pocos dias que al verlo no se cree. Es una construccion *de confitería*, pero bonita y agradable. A aquellas horas, iluminado el interior de gran parte de las habitaciones tiene un aspecto verdaderamente hermoso, parece asi como un palacio de hadas. Al extremo del paseo de Colon se levanta algo que pudiera ser una enorme jaula. Miro con cuidado y no es otra cosa que el monumento levantado en honor del descubridor del Nuevo Mundo. Parece una enorme jaula porque aun conserva el original y atrevido andamiaje que ha servido para construirlo... Allí comienzan las Ramblas. Voy á recorrerlas... pero el agua dispone otra cosa. Comienza á llover. Por otra parte mi cansancio es grande y me esperan dos dias de fatiga.....

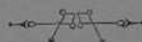
CONTINUARÁ

ADOLFO POSADA.





## De Verano.



*Al Sr. Director de la REVISTA en Salinas, ó donde se halle.*

Pero, querido Genaro, ¿que diablos pasa en la redacción de la REVISTA, que ni aun han de dejarnos en paz, á los que nos *expatriamos* de buena voluntad, por supuesto, con la más pura intención, sin *pecaminosa* mezcla de zorrillismos, carlismos é isabelismos y agenos por completo á toda afición belica tan ocasionada á entuertos como el de *marras*? ¿Con qué derecho se alude al que traspone la doble frontera del Pajares y del Pirineo, deseoso de sosiego, ansiando olvidar el leer, el escribir y hasta el *contar* por más imposible que sea esto último, en un país en donde entran en *cuenta* el saludo del camarero de la fonda, los cumplimientos del mozo del ferrocarril, las atenciones del factor de telégrafos, la banqueta que se ofrece á la señora para apoyar los pies, en el restaurant, la silla que le *imponen* á uno cuando vá á la Iglesia, el pedacito de pan que le endilgan en la misa, el agua para los pies despues del baño y hasta las fricciones consiguientes cuando le cortan, ó le *toman el pelo* y el cosmético cuando le hacen la barba; por supuesto despues de pagar corrientemente una y otra labor de manos, en francos, liras, pesetas, schélines, rublos, piastras, que en esto del cobrar, se practica aquí, la unión monetaria *universal*, soñada por los economistas?

Yo no sé quien será el *importuno* de la REVISTA que así nos saca de nuestras casillas, *sacándonos en letras* de molde, á los que más ó menos casados y más ó menos padres de familia, abandonamos el *mentidero*, damos de mano á los paseos por el de los Alamos, nos hacemos superiores á la nostalgia de la torre de la Catedral, del campo de San Francisco, del Casino y de la Tienda

Asilo, para asomarnos, como diria un hispanófono que yo conozco, al mundo civilizado; pero desde luego aseguro, que en el fondo de su ingeniosa diatriba contra los que *veranean*, late un sentimiento de *envidia* hacia los que nos *mojamos* y *remoja*mos en el extranjero ó en el patrio suelo.

De seguro que ese *burgués* pacificó forrado en inercia y hasta *con vistas de lo propio* trocaria de buena gana el banco del Bombé y la amena y animada conversacion del nuevo *judío errante* Adolfo Posada, por la contemplacion directa de la *realidad*, siquiera esta fuese solamente, la fresca ribera del golfo de Gascuña, la mercantil ciudad de la margen del Adour, la piadosa villa de las orillas del Gave, ó la bellisima patria de los donostiarras. Antójaseme que solo separan á lo *pintado* por mi tocayo de lo *vivo* á que me refiero, los *incognito* y *el tiempo*; que de tenerlos el *mimbres* redactor de la REVISTA, dejaria á escape los dominios de Yoli y se vendria por estas tierras á pasar un *verano* tan *ideal* como el que describe a *merveille*.

Aunque no sea más que para que su *latente dentera* se pronuncie y le *procezan* los huesos que se alojan en las mandíbulas, intentaré trasladar al papel alguna de las impresiones de mi viaje, si es que acierto, que lo dudo mucho, á hacerlo con aquel movimiento y vida, que comunican á este género de relatos el interés tan necesario para que el lector sienta algo de lo que ha experimentado el que las refiere.

Es verdad que no he podido extender mi vuelo por vastas regiones y que mis modestas excursiones se cuentan cuando más por *miriametros* y no porque me *aten los hilos de oro* de la familia, que á Dios gracias forma conmigo un alma y un cuerpo y se mueve con tanta facilidad como un solo individuo; sino porque me *enredo* en la falta de aquellos *Kilos de oro* que son necesarios para pagar los prosáicos billetes del ferrocarril y los no menos-anti-poéticos pasajes de los *steamers*: Por eso mis impresiones han de ser tan limitadas como las *pesetas* de que he podido disponer para hacer un viaje que si hubiera parecido *descomunal* á principios del siglo, hoy, gracias á las *Compañías* del Norte de España y del Mediodía de Francia, que son muy *buenas compañías* sobre todo para sus administradores y accionistas, se realiza comodamente y en muy contadas horas.

Sabé V. que he sentado mis reales, no en Siburgo como han hecho decir, á nuestro compañero los cajistas sino en Ciboure pequeña villa de los Pirineos, de 1900 habitantes, separada de San Juan de Luz, por la ría; más modesta, mas tranquila y más *al natural* que aquella estacion balnearia y que goza, por tanto, la preferencia de las gentes que gustamos de los placeres de la verdadera vida del campo; no sin suscitar cierta animadversion de parte de los buenos vecinos de San Juan por mor de la competencia, que ha tomado forma poética popular en el siguiente epigrama.

*Saint Jean de Luz petit Paris*  
*Et Ciboure son ecurie*

Fuera de la playa, que no es grande, de las hermosas vistas marinas y terrestres que ofrece de un lado la extensa bahía y el inmenso horizonte del mar con su monotonía sublime y del otro un fondo de altas montañas cubiertas de verdura en donde se apoya el fértil valle à trechos entonado del verde de las praderas del arbolado y de los plantíos de maíz y à trechos del dorado, de las espigas de trigo, fuera de los bonitos hoteles y chalets de variadísima arquitectura que nos albergan, de las excelentes carreteras y bien conservados caminos rurales que sirven perfectamente para nuestras excursiones intra y extra urbanas, apenas hay de más que hablar, que de las formidables obras hidráulicas que están costando muchos millones al país, para construir el magnífico *puerto de refugio* de Socoa.

San Juan de Luz, por el contrario, responde mucho mejor à las exigencias de la moda y al bullicio y movimiento de las modernas *playas* de baños. Es una población preciosa con espaciosas calles *nutridas* de magníficas casas, casi todas ellas *certificadas* por la firma del arquitecto-constructor, con fondas de primer orden como el hotel de Inglaterra, el de Francia, el de Correo etc., con dos espaciosas y bien dispuestas casas de baños, con otros tantos magníficos Casinos al borde del mar y en los que alternan los conciertos de una buena orquesta dirigida por el maestro del gran teatro de Pau, con los bailes de *niños* y los *cotillones* de *grandes*. Añádase a esto muchas y buenas empresas de coches particulares que à precios módicos trasportan à uno, por los innumerables caminos que cruzan el país en todas direcciones y la facilidad que ofrecen para las excursiones el *eficaz* concurso de ocho trenes diarios de viajeros que pasan por la estación del ferrocarril y se comprenderá cuán agradable es para el viajero la estancia veraniega.

Sin embargo las personas que viven del *negocio* se quejan de la decadencia manifiesta que vienen hace años observando motivada por la atracción que sobre los españoles ejercen San Sebastian y otros pueblos de las provincias vascogadas, cosa de que sin pecar de *chauvinisme* debemos alegrarnos, porque demuestra que nuestro país, no ha perdido, como se cree en el extranjero, el resorte de las grandes iniciativas que hacen marchar à los pueblos hácia adelante, que solo estaba oxidado y que basta un *limpion* para que podamos ofrecer à las demás naciones la exposición de Barcelona, por ejemplo, como palpable muestra de nuestro vigor industrial que es, digase lo que se quiera, la señal más genuina de la potencia de un pueblo.

He tenido ocasion de visitar à Biarritz y su vista me ha producido muy variados sentimientos, no siendo el menos penetrante el de la consabida fragilidad y perecimiento de las cosas humanas al recordar lo que fué aquella lengua de tierra penetrando en el mar,

expléndida, á fuerza de dinero gastado allá cuando Napoleón *el pequeño* trataba de paroliar las glorias militares de su tío, de corromper con dádivas á los austeros republicanos del 48, ó de hacer olvidar con sus medidas socialistas, al pueblo de París, las matanzas del 2 de Diciembre.

Representábanse las entrevistas de emperadores en visperas de importantes acontecimientos europeos y las visitas de reyes que perdieron su corona al día siguiente; veía con los ojos de la memoria las intrigas palaciegas allí fraguadas, las repugnantes inmundicias de *los grandes* de entonces emulas de las del parque de los Ciervos y consideraba que en el corto trascurso de un cuarto de siglo habian desaparecido para nunca mas volver muchos de aquellos personajes que hubieran conmovido el mundo con una sola palabra!

Hoy de tales lujos y esplendores queda, lo que por una irrisión del destino no siente ni piensa y sin embargo es infinitamente más duradero que el llamado ray de la creacion. Permanecen los soberbios palacios, los hermosos parques, los bellisimos jardines, las extensas alamedas, la mar con su continuo movimiento cubriendo y descubriendo las arenas de la playa y azotando las rocas del faro, el suntuoso Casino en donde se hacen *y deshacen tambien*, fortunas y reputaciones; pero con otros bañistas, con otros jugadores, y con otros malicientes....

La *temporada*, aunque no muy concurrida se ha inaugurado en Biarritz como cumple á su antigua fama; partidos de pelota, carreras de caballos, bailes, conciertos, regatas, velocipedistas y.... xugareta.

Aquí sería el momento de que, á guisa de cronista de verano, llenase media columna con los nombres propios de las gentes que se *enfrian y mojan*, no sería cierto decir que *se solazan*, en estas *villas de aguas*; pero hay dos pequeñas dificultades, la primera que no conozco á nadie en el sentido más *negativo* de la frase absolutamente *negativa* y la segunda que es seguro que pasarían totalmente desapercibidos para la inmensa mayoría de los lectores de la REVISTA.

Tambien vendría á pelo una rápida descripción de Guethary, Hendaya, Bidart, Anglet y otras estaciones balnearias colindantes; pero temo mucho que resulte monótona, incolora y pesada para V., y por eso paso á otro asunto, que por si mismo se me figura que ha de interesarle.

Confieso mi pecado: soy partidario como el que más *del dulce far niente* que tanto deleita al autor del *Verano* y sobre todo cuando despues de un otoño y de un invierno y de una primavera consagrados de punta á cabo á Minerva y á Themis, le piden á uno el cuerpo y el alma reposo y tranquilidad; mas á lo mejor el *hábito del oficio* saca la cabeza y paf asoma la nostalgia de la cátedra, de la explicacion, y de los examenes.

Eso exactamente me sucedió á mí en el momento en que en esta soledad me sorprendió una atenta invitacion de *Mr. le Proviseur* del Liceo de Bayona para el acto solemne de la *distribucion de premios* á los alumnos que se verificó el 31 de Julio próximo pasado bajo la Presidencia del sub Prefecto M. Doux. Como la gata de la fabula apenas sentí el *raton*, abandoné el retraimiento y me lancé á la vida académica con toda la alegría del estudiante premiado.

Nada más adecuado y placentero atendido el régimen del *internado* que domina en la segunda enseñanza francesa, que el emplazamiento del Liceo de Bayona. Situado en medio del frondoso parque de Marracq, el grandioso edificio inaugurado hace ocho ó diez años, responde á las necesidades de la moderna educacion y salvo algunos detalles, se halla dotado del material científico que reclaman los actuales procedimientos educativos. Apenas habiamos pasado las puertas de la antigua ciudad, cuando, ya el movimiento de carruages y gente de á pié que se dirigia al establecimiento literario, demostraba que no era la fiesta anunciada puramente oficial; sino que el pueblo tomaba verdadero interés en ella y se complacia en rendir á maestros y discípulos el tributo de su admiracion y respeto; lo mismo exactamente lo mismo que en nuestra tierra donde á remolque acuden á las llamadas solemnidades universitarias media docena de estudiantes y alguno que otro concejal, avido de lucir su medalla.

El día era verdaderamente espléndido, el sol prodigaba sus rayos, cosa rara en el actual verano, las brisas del mar, perfumadas por las emanaciones de los jardines, praderas y bosques vecinos embalsamaban el ambiente y daban mayor encanto á la fiesta; porque es de advertir que con muy buen acuerdo se habia dispuesto en el magnífico parque que circunda el Liceo y que sirve de ordinario solaz y recreo á los colegiales.

En un sencillo estrado al que servian de toldo las ramas de los copudos arboles, se colocaron el claustro de profesores y la comitiva en la cual figuraban el sub prefecto, el alcalde, el presidente del tribunal, varios jefes del ejército, el procurador de la República, algunos sacerdotes católicos y protestantes y el gran rabino, dando con esto un ejemplo de tolerancia y paternidad, casi incomprendible en España. Rodeaba el estrado una compacta multitud compuesta principalmente de señoras que eran recibidas y colocadas con la más refinada cortesía, por una comision de alumnos y dejaba oír sus armonías en los intermedios, la notabilísima banda del regimiento número 49 que tocó varias piezas con una maestría solo comparable á la que es característica de nuestra música de ingenieros.

Comenzó la solemnidad por la lectura del discurso de uso que este año correspondió al joven profesor de historia Sr. Camena d' Almeida. Más que discurso merece el nombre de alocucion y por

cierto que aun siendo sumamente corta supo tratar en ella de las recientes cuestiones que preocupan à los pedagogos, en materia de educacion, con gran conocimiento de causa y con aquella mesura y buen sentido que denuncian al hombre versado en estas materias.

Tuvo como es de rigor ahora en Francia su párrafo especial para los alemanes, que en fuerza de la oportunidad ha de permitirme que lo transcriba. Hablaba el ilustrado catedrático de la necesidad que tiene el estudiante de viajar al concluir su carrera, sobre todo y decía «Viajando se instruye uno mejor y con menos trabajo. Frequentando à los demás se aprende à conocerse à si propio; es preciso el contacto con una personalidad extraña para despertar y afinar la nuestra. Si queréis, en una palabra terminar dignamente esta parte de la educacion, esencial hoy, de la educacion nacional consentid en expatriaros durante algun tiempo y vendreis, más franceses y franceses, como es necesario serlo, prefiriendo el patriotismo que estudia al vecino, al *chauvinisme* que le calumnia.....»

«En nuestras conversaciones de este año, hemos hablado muchas veces de pueblos extranjeros; pero hemos procurado hacerlo con moderacion y sin parti pris; sería pueril y odioso à la vez vengar sobre Alberto el oso ó sobre el Rey sargento los desastres que todos deploramos! no entra en nuestro deber el inspiraros odio inconsiderado à nuestros vecinos. Al contrario merece la práctica de esta desconsideracion, de esta imprudencia, la más completa reprobacion. Uno de los más notables profesores de la Universidad de Berlin, Von Freitschke, no perdía ocasion en sus explicaciones de criticar «la arrogancia francesa, la ligereza francesa» y otros defectos exclusivos de nuestra nacion. En Leipzig he oido declarar en plena cátedra que «desde Luis XV Francia se halla en completa decadencia.» En una pequeña villa del Hesse, en Marburgo los niños escuchaban en la escuela el relato detallado de todas las atrocidades que los franceses habian cometido durante las guerras del imperio y que estaban dispuestos à repetir si el valor aleman no se opusiera à la invasion. En el *Niederwald*, al pie del monumento erigido à la Germania victoriosa, un viejo maestro de escuela, hacia cantar à sus discipulos el *Wacht am Rhein* con los ojos vueltos hacia el país donde mora el enemigo hereditario.»

«Si esto es lo que se llama una educacion patriótica—y es difícil, darle otro nombre—repugnarémos siempre darosla: la historia no vive únicamente de la pasion, como tampoco el reñcor constituye el fondo del patriotismo. Vuestros deberes para con el país vos los dictará el reconocimiento por lo que ha hecho y hará aun por vosotros.»

Es verdad que hoy más que nunca vibra en Francia la cuerda del patriotismo que ha puesto en tension el nuevo emperador aleman con sus demandas de alianzas y sus proyectos de imposicion al impresionable pueblo frances. A tal punto han llegado las cosas y



tan preocupados andan hasta los espíritus más posados que el eminente profesor de la Universidad M. Lavisie el mismo que acaba de publicar un libro muy interesante y muy imparcial por cierto titulado *Essais sur l'Allemagne imperiale*», ha intercalado el siguiente hermoso párrafo en una reciente alocución pronunciada en la Escuela alsaciana, institución, no por ser nueva, menos famosa en la moderna pedagogía.

«Yo no quiero terminar con palabras tristes, ni con propósitos de odio, ni con nada que parezca à una provocación; pero no puedo prescindir de pensar alto hoy, lo que pienso bajo cada día, ni de dirigir vuestas miradas hacia el país à donde van frecuentemente las mías, al país que desde la montaña poblada de arboles de Navidad se inclina hasta el gran río histórico cuyas aguas reflejan las catedrales; país fértil en todos los bienes de la tierra, país de buenas gentes, de buenos corazones, de brazos robustos, de espíritus estudiosos, de sabios, de obradores, de educadores y de soldados, dichoso en otro tiempo y de humor pronto à la alegría, país poético, todo lleno de recuerdos, de leyendas, de encantos variadísimos, dominada à lo lejos por la alta flecha de Estrasburgo que hoy parece un signo de admiración. una gran lágrima de la tierra elevándose al cielo.»

Cierro el paréntesis y continuo à vuela pluma esta indigesta narración, para cerrar cuanto antes la carta.

Después leyó un discurso el sub-prefecto, persona ilustradísima y altamente simpática, como la quisiéramos nosotros para gobernar perpetuamente nuestra provincia, que fué ingeniosísimo y profundo y discreto, bajo la capa de un estilo familiar y sencillo; destinado principalmente à recabar en el período de vacaciones, para los jóvenes escolares el juego que dá vigor y energía al cuerpo, y al espíritu la frescura tan necesaria para predisponerle à las profundas labores intelectuales y à recomendarles la lectura, pero no la lectura del libro destinada à la instrucción; sino del libro que divierte è interesa. Terminó su peroración con este párrafo entusiasta aunque un tanto gascón que acreditará à cualquiera de orador.

«Mostraos agradecidos toda vuestra vida à la instrucción que se os dá: no olvideis jamás que se os ha enseñado à amar la República y la libertad; que se os ha mostrado que en todos los tiempos y en todos los países la libertad es lo primero, que el amor de la patria es el más sagrado de todos los deberes y que es bien dulce amar à su país, cuando este país es nuestra Francia, que no obstante las traiciones y las falsías es siempre la más fuerte y la más gloriosa de las naciones, que es dueña de sus destinos y que en ella todos los ciudadanos se hallan animados de tal amor à la justicia, al honor y à la libertad que hoy como en tiempos de los Galos, sería preciso que el cielo cayera, para que se extinguiera.»

Vino enseguida la entrega de los premios que consistían en coronas de laurel y libros, sonando à cada nombre que se leía repe-

tidas salvas de aplausos y acompañadas de los abrazos y besos con que el Director y profesores y algunos convidados manifestaban su enhorabuena á los merecedores de la distincion y que daba á la fiesta carácter, el carácter del cariño mútuo entre profesores y alumnos, condicion indispensable para que la obra de unos y otros sea planamente educativa. Por cierto que entre los jóvenes premiados se contaban muchos españoles de Madrid, de Santander, de Bilbao, que eran objeto de manifestaciones de simpatía de la concurrencia y que llenaban de legítimo orgullo al que esto escribe.

Y aquí concluyo, porque me parece que es ya tiempo de dar punto á esta pesada epístola, deseándole mucha luz, mucho calor, y mucha agua *de mar* si estuviera en Salinas y si mora ya en Oviedo mucha obra.... de cal y canto, su amigo de siempre.

ADOLFO A. BUYLLA.





## LA JÓVEN CAUTIVA

(De A. de Chenier.)

—«L'ÉPI NAISSANT MURIT DE LA FAUX RESPECTÉ:»

«Libre del segador creciente espiga  
Madura: sin temer en el estio  
El racimo al lagar, los dulces dones  
Bebe de aurora, y yo como ella hermosa  
Y tan jóven como este, aunque el momento  
Presente es ajitado y enojoso  
No, no, morir no quiero todavía.  
—Vuele á abrazar la muerte estóico duro,  
Mas yo lloro y espero: al negro soplo  
Del norte, plego y alzo mi cabeza.  
Si hay dias agrios, haylos tan dulcísimos!  
Ay! qué miel no ha dejado sinsabores  
Y qué mar no conoce tempestades?  
—Vive en mi seno la ilusion fecunda.  
De mi prision los muros en mi pesan  
En vano; tengo el ala de esperanza:  
Huida de la red del pajarero  
Cruel, con más viveza y más gosa

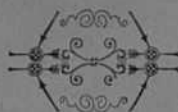
Del cielo á las campiñas Filomela  
Se lanza y canta.

—Pero á mi la muerte  
Me espera? Muy tranquila me adormezco  
Y tranquila despierto, y ni vigilia  
Ni sueño de inquietud son triste presa.  
Cuando salgo á la luz sonrisas hallo  
En todas las miradas, y á las sienas  
Abatidas, mi aspecto presta un poco  
De alegría en tan tétricos lugares.  
—Oh! ¡mi hermoso viaje está tan lejos  
De su fin todavía! Marcho; apenas  
De los olmos que bordan el camino  
Mi planta ha recorrido los primeros.  
En el banquete apenas de la vida  
Un instante tan solo he saboreado  
La copa, que en mis manos aun rebosa.  
—Vivo en mi primavera, y ver ansío  
La cosecha, y cual sol, que va corriendo  
De una en otra estacion, finir mi año;  
Espléndida en mi tallo, y el orgullo  
Del jardin, aun no he visto todavía  
Mas que el primer albor de la mañana.  
Quiero acabar mi día.

—¡Oh, muerte! espera,  
Tu puedes esperar; aleja, aléjate;  
Ve á consolar los pechos consumidos  
De lívido terror, vergüenza, espanto.  
Verdes asilos para mi aun guarda  
Pales, besos, Amor, las Musas himnos;  
No, no, morir no quiero todavía.—»  
—Así, apesar de estar cautivo y triste  
Mi lira, sin embargo, despertaba  
Escuchando estas quejas, este acento,  
Estas ansias de joven prisionera;  
Y sacudiendo el yugo de mis días  
Monótonos plegaba á dulces leyes  
De poesia los acentos dulces  
De su sencilla y amorosa boca.

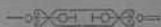
—Estos de mi prision testigos, cantos  
Armoniosos haràn à algun amante  
Del estudio buscar quien fué esta hermosa:  
Su acento y sien la gracia decoraba,  
Y como ella acabar sus dias temen  
Los prisioneros que cabe ella viven.

VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.





## Desde Arnedillo.



*Concurrencia.—Nuevos proyectos.—Mejoras anheladas.—La casa de Mónico Parras.—Una familia de confiteros.—Vida agradable.*

El tiempo peor que ningún año, pero estos celebérrimos baños están siempre concurridos y hay que confesar que pocos pueblos miran con más amor á los bañistas; los cuales tienen entrada franca y amable recibimiento en los sitios que se presentan. Lo primero que nota el bañista es una amabilidad extraordinaria en todos los vecinos de este pueblo que jamás pasan junto á un bañista sin saludarlo, lo pronto que se hallan para obsequiarlo y lo que, aun es más raro, lo mucho que abundan las caras bonitas graciosas y simpáticas en las muchachas de Arnedillo que sin gran lujo son limpias, curiosas y con una sonrisa entre inocente y picaresca que se llevan las simpatías del forastero.

Poco ha cambiado el modo de ser de estos baños desde el año pasado. Continúa el mismo fino, atento é inteligente Director D. Juan José de la Cortina, con su artística hermosa cabeza, llena de luz, sin una huella de las horribles penas de las luchas entre la salud y la enfermedad que constituyen su vida durante tantas horas de meditacion y estudio. Recorriendo el establecimiento y teniendo fé en los ejemplos de maravillosas curaciones que se ven con frecuencia desearía uno ver la instalacion balnearia con

todos los adelantos modernos, por el gran porvenir que está reservado á estas prodigiosas aguas. ¡Qué lástima que no se apresure la edificación del magnífico local que se proyecta para baños y cuartos de *resudar*! Entonces verdaderamente se palparán los excelentes resultados higiénicos y económicos que esto está llamado á rendir. Hagamos votos porque sus propietarios atendiendo á los ruegos de todos, den pronto cumplimiento á estos deseos de los que tanto nos interesamos por Arnedillo.

En cuanto al personal del Establecimiento apenas ha variado. Sigue el mismo D. Toribio llevando la representación de la casa, el mismo diligente administrador Celedonio, la misma doña Pepa, cabeza organizadora y directora de aquel conjunto de abigarradas voluntades y que gracias á su actividad todas encuentran satisfaccion y yo más satisfecho de ella que ningún año, deseo la sirva esto de recompensa á una frase del año pasado con la que pudo hallarse mortificada; sirvientas... las mismas Dolores, Sebastiana, Ramona, Eulalia, etc., y una más, la Juana, que es la muchacha más completa que yo he conocido en fondas y establecimientos de esta clase.

La casa de Timoteo siempre igual; centro de reunion de la vuelta del paseo.

Pero este año debo hacer mencion especial de una casa y una familia, en donde he recogido todos los agasajos que un bañista puede desear cuando está fuera de la suya. Me refiero á la casa de Mónico Parras. Está situada en las inmediaciones del baño, apenas hay 40 metros de distancia; es amplia, bien orientada, con tres pisos, jardín y huerta y en el bajo piso los comedores cubiertas sus ventanas de enredaderas y madreselvas que prestan aroma y frescor agradabilísimos con los que se recrean los huéspedes, así como en las hermosísimas matas de claveles que festonean la orilla del río Cidacos que lame las orillas del jardín. Mónico Parras es jefe de una numerosa familia dedicada toda ella al servicio de los huéspedes que quedan prendados de tanta amabilidad. Mónico es un hombre serio y formal para el cual no hay dificultad insuperable si se trata de complacer á un forastero. Ha sido muchos años bañero del establecimiento y conoce los tratamientos como pocos.

Al frente de su casa, tiene á su hijo Rufino y á la mujer de este Mariana, de hermoso busto, cuya habilidad culinaria asombra pues es increíble la facilidad, prontitud y acierto con que dá satisfaccion á los estómagos más exigentes, así con suculentos platos como con delicados postres. Para admirar su mérito es necesario haber pasado horas enteras en aquella cocina tan bien dotada de cacharros y utensilios, y tan limpia como la misma Mariana que en esto tiene su orgullo y su vanidad. Los acompañan Gregoria María y Rosario, hermanas de Mariana, y Miguel, hermano de Rufino, excelente músico que hace las delicias de los concurrentes al salon tocando el violin con sin igual maestría.

La vida en esta casa es por demás entretenida y no tiene más de... demasiado bueno que es una golosina constante pues Mónico confitero de aficion ha hecho confiteros á todos los de su familia y el huésped se pasa la vida comiendo ricas almendras garrapiñadas, ó sabrosos buñuelos y bizcochos tiernecitos recién sacados del horno. A esto hay que agregar las cacerías de pollos y conejos al gallinero, situado en el otro lado del camino y las visitas de pesca al cañal y los bailes en el salon donde se ven hermosas mezas del pueblo. La vida pues no puede ser más agradable, y bien puede asegurarse que el recuerdo de esta morada es inolvidable para los que han tenido el placer de vivir una vez en ella. Tan agradable vida llevaba yó cuando un día la colonia vitoriana, que siempre se distingue por su buen humor obsequió al Director-Médico Sr. Cortina con ajo-arriero y paella alicantina. Los loores fueron para la excelente Mariana cuya habilidad todos celebramos y los brindis inspirados por olorosa Solera regalo del Doctor por la prosperidad de Arnedillo y el Establecimiento.

Y hasta el año que viene.

FERMIN.

